



CINCO CUENTOS PARA LEER EN VOZ ALTA

Autor: Antonio Pons



JUNTA DE ANDALUCÍA
CONSEJERÍA DE IGUALDAD, SALUD Y POLÍTICAS SOCIALES

CINCO CUENTOS PARA LEER EN VOZ ALTA

Texto: Antonio Pons
Ilustraciones: E. Luis R. Gómez



PONS TUBÍO, Antonio
Cinco cuentos para leer en voz alta [Recurso electrónico] / autor, Antonio Pons ; ilustraciones, E. Luis R. Gómez. -- [Sevilla] : Consejería de Igualdad, Salud y Políticas Sociales, 2013

Texto electrónico (pdf), 44 p.

1. Niños con discapacidad 2. Bienestar del niño
3. Relaciones interpersonales 4. Literatura infante-juvenil I. Gómez, E. Luis R. II. Andalucía. Consejería de Igualdad, Salud y Políticas Sociales
III. Título
WA 320

Autor: Antonio Pons Tubio
Ilustrador: E. Luis R. Gómez

‘Este cuento se inscribe en el marco de la Estrategia ‘Al Lado’ de atención a los problemas graves de salud continuados en el tiempo, de la Consejería de Igualdad, Salud y Políticas Sociales de la Junta de Andalucía, como apoyo a la implementación del proyecto ‘Al lado del menor en situación de adversidad en salud’.



Esta obra está bajo una licencia Creative Commons
[Reconocimiento-NoComercial-Sin obras derivadas 3.0 España](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es/)

Edita: Junta de Andalucía, Consejería de Igualdad, Salud y Políticas Sociales. 2013
Diseño y maquetación: Kastaluna



Más de 6 Años

*Corazón que sí siente
Leyendo un cuento*

Más de 8 Años

*El aplauso
En la Selva*

Más de 10 Años

La Ola

MÁS DE 6 AÑOS

CORAZON QUE SÍ SIENTE

Cinco cuentos para leer en voz alta.

Autor: Antonio Pons



Miguel, despierta, corre, que ya han venido los Reyes. Vamos a ver los regalos.

Déjame Curro, tengo mucho sueño, además todavía es de noche y puede que los Reyes todavía no hayan pasado por nuestra casa.

Que sí Miguel, que ya han pasado. Yo los he oído.

Mira Curro, los Reyes son magos y es imposible que los veamos o los oigamos.

Pues yo estoy seguro de que ya han pasado. Tengo muy buen oído y por muy magos que sean, han hecho ruido.

Mira Curro, déjame dormir un rato. Cuéntaselo a María.



María, María, despierta.

Venga, vamos a ver los regalos. Quiero ver si me han traído todo lo que he pedido.

Curro, que es de noche. Espera una horita y luego vamos todos juntos a verlo.



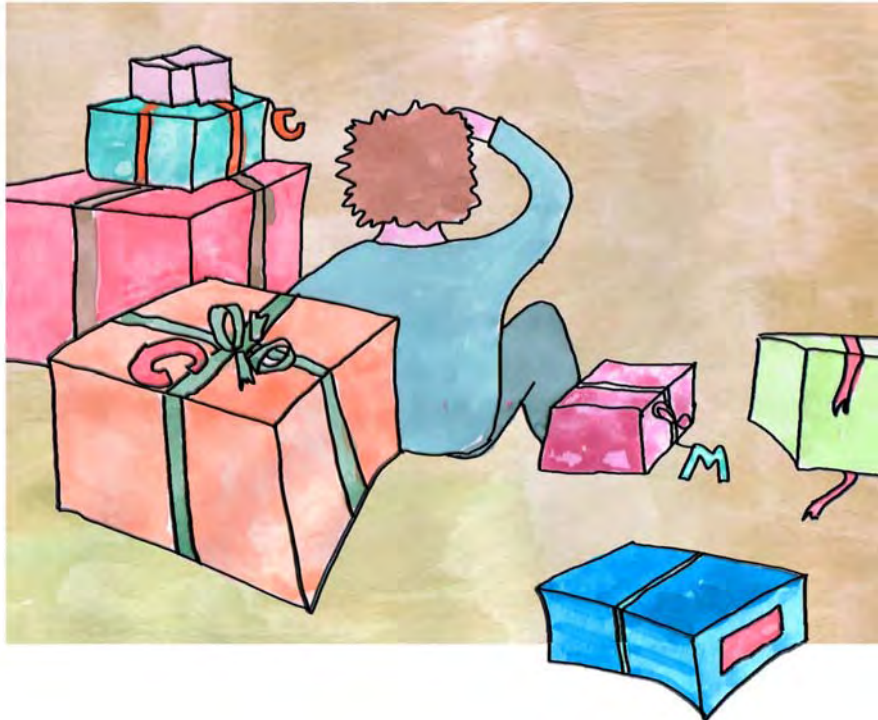
Pues yo no me espero, voy a despertar a los papás que seguro que ellos sí quieren levantarse.

Fuí corriendo al cuarto, intentando no hacer ruido pero, de pronto, en el salón tropecé y me caí montando una gran escandalera. Llegaron primero mis padres y luego mis hermanos.

Pero Curro ¿Qué te ha pasado?, preguntó mi padre.

No sé papá, yo he venido como siempre pero seguro que hay algo movido porque he tropezado y me he caído.

Creo que cualquier otro día me habrían reñido pero, como era día de Reyes, esta vez todo se quedó en un “tienes que tener más cuidado, no puedes correr sin ton ni son”.



El caso es que ya estábamos todos en el salón y me di cuenta que con lo que había tropezado era uno de los muchos paquetes con regalos que empecé a coger como un loco, buscando los que tenían mi nombre. En mi casa, les gusta marcar los regalos con los nombres de cada uno con grandes letras de corazón.



Mirad, este es mío. Seguro que es el camión de bomberos.

Arranqué el papel y saqué el camión, tenía unas ruedas grandes, encontré un botón y cuando lo apreté sonó la sirena, sonó tan alto que me asusté y todos se rieron.



Seguí descubriendo cosas, las puertas se abrían, había una escalera en la parte de arriba que se podía extender y una figurita de un bombero que agarraba la manguera para apagar el fuego.

Es de color rojo, me gritó mi hermano Miguel.

Claro, le comenté yo, de que color te pensabas que iba a ser un camión de bomberos.



María dijo, mira Curro tengo otro de tus regalos, lo he abierto sin querer. Adivina, adivinaza ¿que es?

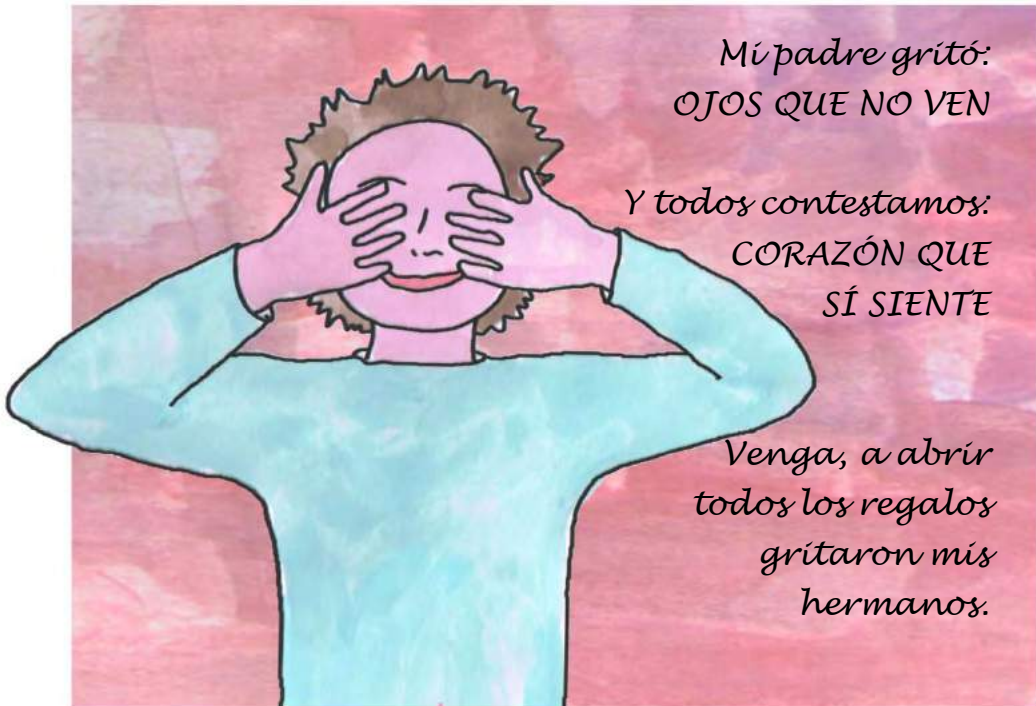
Déjamelos, dije yo. No, lo tienes que adivinar. María siempre me estaba chinchando con lo mismo.

Anda, no seas mala. Déjaselo, dijo mi madre.

No, que lo adivine, dijo Miguel.

Yo me enfadé y gritando les dije a todos. Dámelo, ya sabes que si no lo toco, yo no lo puedo ver.

Noté que mi padre iba a gritar la frase que la familia usaba cuando las cosas se ponían feas y así fue.





LEYENDO UN CUENTO

*Cinco cuentos para leer en voz alta.
Autor: Antonio Pons*





Hoy, vamos a leer cuentos en voz alta, dijo el maestro. Pero si hoy tocan mates, pensé yo enfadado.

El resto de los niños gritaron de alegría, se libraban de las mates.

Miré a los niños y me acordé del primer día de clase. Era nuevo en el cole, mis padres habían encontrado trabajo en la ciudad y nos habíamos mudado. El maestro, me presentó al resto de niños: Este es Pedro. Tenéis que ayudarle a conocer el colegio y, estoy seguro que pronto os haréis amigos de él. Pedro, cuéntanos dónde vivías y cómo era tu cole.

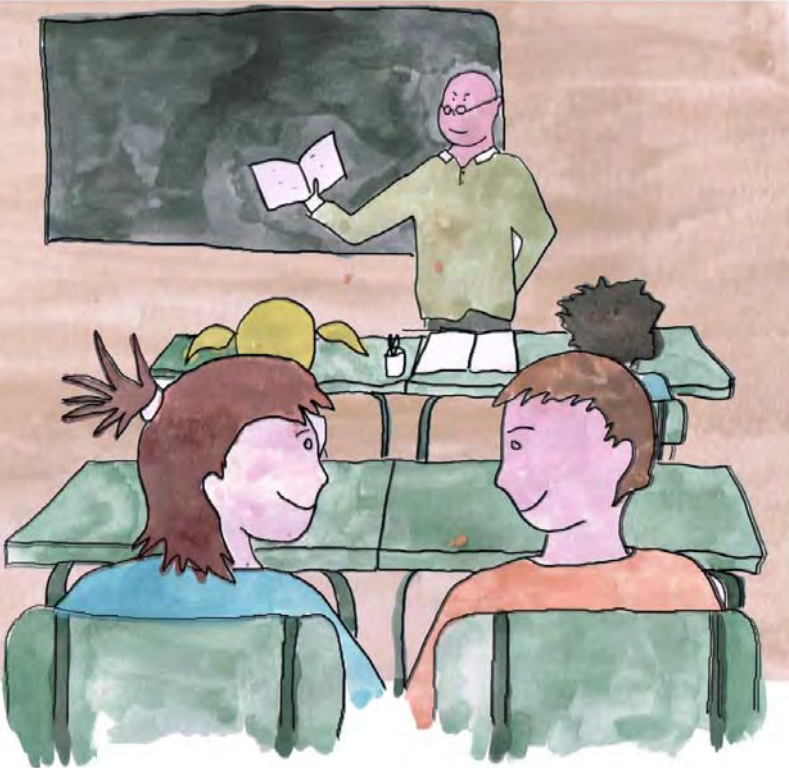
Miré al maestro y luego a todos los niños de la clase. Noté como mi corazón empezaba a ir más rápido y las manos me sudaban. En mi antiguo cole todos los niños me conocían y sabían cuál era mi problema.



Tardé en empezar a hablar, algunos niños ya se estaban dando codazos entre ellos y me señalan con la cabeza. Venga Pedro, no tengas vergüenza, dijo el maestro.

Bu bu bueenos di di días. La carcajada general fue inmediata. Baje la cabeza y dejé de hablar. El maestro enseguida se dio cuenta de lo que pasaba, se puso serio, levantó la mano e hizo que todo el mundo se callara.

Pedro, siéntate en tu sitio que voy a contaros una historia.



Noté que todos los niños me miraban mientras caminaba por el pasillo hasta mi mesa.

Mi compañera de mesa me dijo sonriendo: me llamo María y yo no me he reído, no les hagas caso.

Mientras, el maestro, empezó a contar la historia.

Trataba de un patito, que de pequeño era diferente a sus hermanos y que todos se burlaban de él, incluso su madre lo rechazó.



El huyó de la granja y cuando pasó el invierno, llegó a un estanque donde vio las aves más preciosas que había visto. De pronto al ver su aspecto reflejado en el estanque, el “patito feo” se dio cuenta que en realidad no era un patito sino un precioso cisne.

El maestro nos dijo que hay que aceptar a las personas como son y que todos tenemos algo que nos diferencia de los otros. Tenéis que buscar en los demás lo bueno que los hace diferentes. Siempre encontraréis algo que, a lo mejor, necesitáis para ser mejores. Unos serán más altos, otros más bajos, unos delgados, otros correrán más, otros cantarán mejor...

Mirad, si todas las personas fuesen iguales la vida sería muy aburrida. Sólo sabríamos hacer las mismas cosas que los demás. Por ejemplo, nadie habría inventado nada. ¿Os imagináis?, si nadie día hubiese decidido hacer cosas diferentes no se hubiese inventado la bombilla.

A vosotros mismos os gusta ser diferentes a los demás. A ver ¿de qué color es el abrigo con el que habéis venido a clase?

Rojo, gritó uno, amarillo, azul, verde gritaron otros.

Entonces empezó a hablar de mí.

Habéis visto que a Pedro le cuesta un poco hablar. Además, hoy es su primer día de clase, no nos conoce y todavía le cuesta más. Esa diferencia de Pedro es la que habéis notado enseguida pero, seguro que tiene muchas otras que nos pueden ayudar a todos. Vosotros tenéis que ayudarme a encontrarlas.



Pero también nosotros, vamos a intentar ayudar a Pedro. Si todos somos diferentes, porqué nos vamos a reír de alguien cuando no pueda hacer las mismas cosas que nosotros. En los próximos días, vuestra tarea es contárselo a los niños de las otras clases, para que nadie vuelva a reírse.

Cuando Pedro hable con nosotros, no vamos a tener prisa. No nos tiene que importar como habla Pedro sino, qué nos cuenta Pedro. Aunque penséis que sabéis lo que os quiere decir, no tenéis que decirlo antes de que os lo cuente él. No le diremos que repita las cosas ni que hable más lento, no lo interrumpiremos, simplemente esperaremos a que acabe la frase. El maestro, me miró y me dijo, Pedro ¿a ti te parece bien? ¿Estás de acuerdo?

Sí, sí. De a a acuerdo. Aunque algunos mayores dejan de mirarme cuando notan como hablo, el maestro me miró hasta que acabé de hablar. Nadie se rió esta vez y me senté al lado de María que me volvió a sonreír.

Cuando salimos al recreo todos vinieron a hablar conmigo y poco a poco fui conociendo a los que al cabo de unos días ya eran mis nuevos amigos.



El maestro dijo otra vez, hoy vamos a leer cuentos en voz alta. Empezó a mirar a todos los niños y al final dijo. Pedro, ponte en pie y empieza a leer el cuento.

El profesor había dejado un libro encima de cada mesa, cogí el mío y ví el título “El patito feo”

Me puse en pie y empecé a leer “Co co como ca cada veerano, ...”, de pronto ví que uno a uno se iban levantando el resto de niños de la clase y empezaban a leer despacio y en voz bajita el cuento. Me uní a ellos y tuve la sorpresa que, al leer con ellos, no me atascaba como cuando lo hacía solo “...a la Señora Pata le dio por empollar y todas sus amigas del corral estaban deseosas de ver a sus patitos, que siempre eran los más guapos de todos...”



Seguimos leyendo, hasta finalizar el cuento, mientras veía como María me sonreía y me guiñaba un ojo.

Yo también estaba sonriendo y pensando que era verdad lo que dijo el maestro. Yo había encontrado lo bueno que tienen mis compañeros y que los hace diferentes.

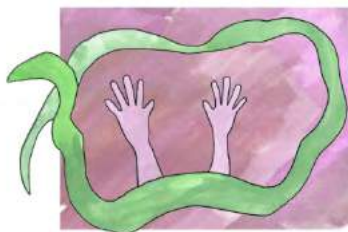




MÁS DE 8 AÑOS

EL APLAUSO

*Cinco cuentos para leer en voz alta.
Autor: Antonio Pons*



Mamá me despertó como todas las mañanas para ir al cole. A mí no me gusta que me despierte dándome golpecitos en el hombro, pero ella dice que esa es la única manera de que me levante.

Hoy es mi cumple y mamá me ha preparado un desayuno especial. Desde la cama huelo los churros y eso me hace salir corriendo hasta la cocina.



Mamá me sonríe y me enseña el vaso de leche y los churros, luego mira el reloj y ya sé que tengo que darme prisa para no llegar tarde al cole.

Hoy es el primer día que voy a ir solo. Era mi primer regalo de cumpleaños.

Todos mis amigos hace tiempo que van solos al cole pero mis padres siempre me decían, cuando cumplas 9 años también lo podrás hacer. He estado entrenando muchos días, como los futbolistas, para aprenderme bien el camino. Hoy solo tengo que repetir lo que había aprendido.





Puse los libros en la mochila y salí a la calle. Aunque iba por la acera, me pegué todo lo que pude a la pared. Un día, que me llevaba mi padre, casi nos atropella una bicicleta. Nos asustamos mucho, mi padre dijo que no se dio cuenta porque el ciclista no había tocado el timbre pero que yo no podía fiarme de eso y tenía que apartarme de ese caminito pintado de verde por donde solían venir las bicicletas.

Empecé mi aventura como si fuese un explorador de los que aparecen en las pelis. Nunca me había fijado en la cantidad de gente que iba por el mismo camino que yo. Cuando me cruzaba con algún niño que iba al cole con sus padres me estiraba todo lo que podía para que se notase que yo ya era mayor.



Vi a muchos mayores que caminaban muy deprisa, dos casi chocan conmigo pero sigo estando muy atento y me aparté a tiempo



¿Por qué los mayores no tienen que fijarse tanto como yo?

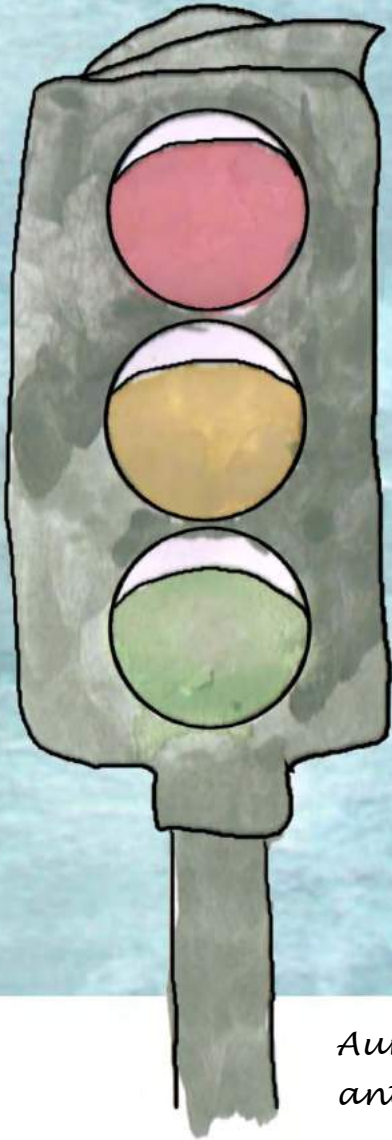
Pasé al lado del parque donde juego todas las tardes.

Mientras caminaba iba dándole con un palo a los hierros de la verja.

Una señora me hizo una seña, poniéndose el dedo en los labios, mientras me señalaba el carrito de su niño pequeño. Creí que lo había despertado, no sabía que estaba haciendo tanto ruido. Tiré el palo enseguida, como pidiendo perdón, la señora me sonrió y seguí caminado hacia el colegio.

Por la acera de enfrente ví a Nandí, mi mejor amigo de la clase. Le saludé muchas veces con la mano pero no me vio, el ya estaba acostumbrado a ir solo y no se fijaba tanto como lo hago yo.





Llegaba el momento más complicado; tenía que cruzar la calle. Me paré en el semáforo, que estaba con el dibujito del señor en rojo. Sabía que todavía faltaba un rato para poder cruzar, porque tenía unos números que iban pasando.

Me entretuve mirando el perro que llevaba un señor que se puso a mi lado en el semáforo. A mí me gustan mucho los perros, aunque en casa no quieren que tengamos uno, dicen que hacen mucho ruido y molestaría a los vecinos.

Los números se acabaron y se encendió el dibujito del semáforo. Ya podía pasar, pero mi padre me lo había advertido muchas veces.

Aunque esté verde, ¡mira bien a los dos lados antes de cruzar!

Miré con cuidado, los coches se habían parado y el señor con el perro empezó a pasar. Me puse a su lado y llegamos juntos al otro lado.

Lo que quedaba ya era muy fácil, estaba ya en la verja del colegio y enseguida estuve dentro del patio. Nandí, que estaba hablando con otros niños de la clase, me vio y vino a cambiar cromos de futbolistas.



Nos juntamos unos cuantos y empezamos a hacer carreras. Uno se ponía delante con el brazo levantado y un pañuelo blanco en la mano y cuando lo bajaba salíamos todos corriendo. Casi siempre ganaba una chica muy delgada de mi clase pero hoy he ganado yo, debe ser mi segundo regalo de cumpleaños

Al cabo de un rato, Nandí me dijo que ya estaban llamando para entrar. Subimos a clase y nos sentamos en nuestros sitios.

En mi clase están puestas todas las mesas haciendo como una U muy grande para que pueda ver las caras del profe y de mis compañeros.

Entró el profe, y escribió en la pizarra.



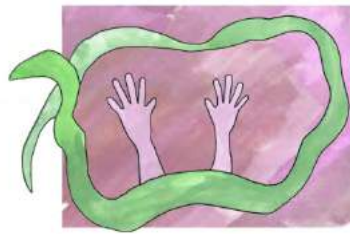
“Es el cumpleaños de Paco y hoy ha venido sólo al colegio,
“UN APLAUSO”.



Entonces, tuve el tercer regalo de cumpleaños. Todos mis compañeros se pusieron de pié, levantaron los brazos y empezaron a hacer girar sus manos abiertas.

El profe les había enseñado la manera de aplaudir en el lenguaje que usamos las personas que, como yo, no oímos.





EN LA SELVA

*Cinco cuentos para leer en voz alta.
Autor: Antonio Pons*



¡A que no te atreves! Siempre igual, los de mi pandilla saben que me da miedo tirarme con la bici por la cuesta de la calle.

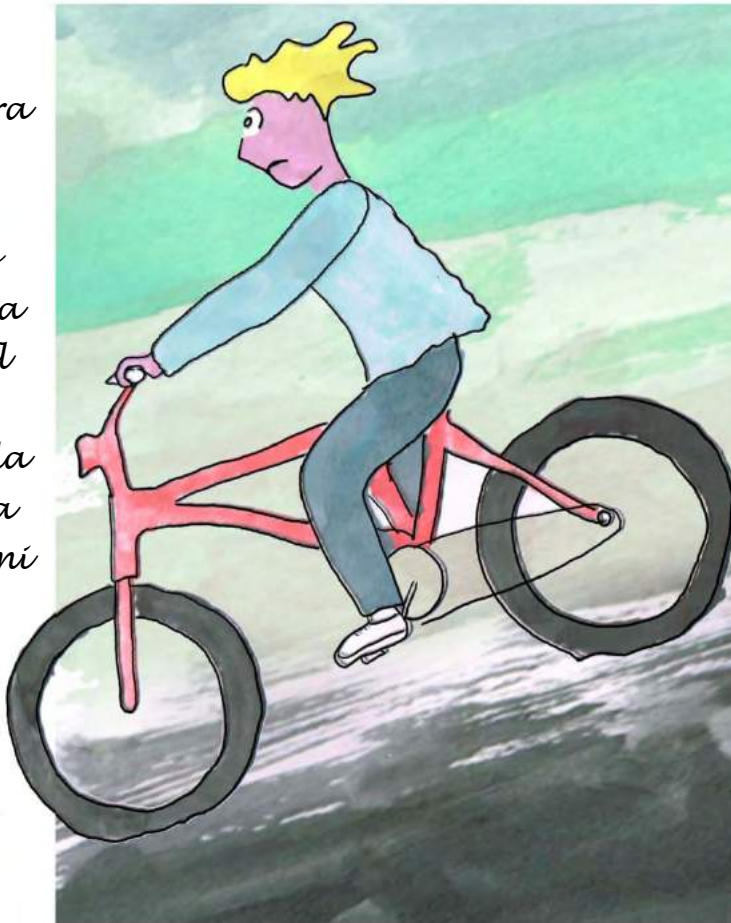
Recordé las palabras de mis padres.

Mígue, no hagas locuras con la bici. No te tires por la cuesta, que es peligroso.

Pero Mamá, si todos lo hacen.

Y si se tiran por el puente, ¿te tirarás detrás de ellos?

Esta vez era diferente. Habían venido los niños de la calle de al lado y en su pandilla había una chica de mi clase que me gustaba.



Conté hasta tres y solté el freno, empecé a pedalear y enseguida la bici cogió velocidad. Los árboles y las farolas de la calle empezaron a pasar demasiado deprisa. De pronto, de debajo de un coche aparcado, salió el gato siamés de la señora Pepa, una de nuestras vecinas de la calle.



Apreté las dos manillas del freno de golpe, se me olvidó frenar primero con las de detrás, se oyó un chirrido, la bici empezó a moverse de un lado a otro, se fue cayendo hacia la derecha y de pronto noté el golpe. Primero fue la rodilla, luego fue como si me quemase el codo y al final oí un ruido como el que hace un huevo cuando mi madre lo rompe antes de echarlo a la sartén y, a la vez, un dolor muy fuerte en la cabeza.



De repente todos me hablaban aunque yo los oía cada vez más lejos. Migue, Migue, qué te pasa, te has hecho daño, abre los ojos. José, corre a su casa y avisa a sus padres. Yo no les respondía porque me estaba entrando sueño y lo único que quería era dormir. Y me dormí.

Y empecé a soñar. Estaba en una selva muy oscura, rodeado de árboles gigantes de los que descendían ramas que se enredaban en mis brazos y no me dejaban moverlos.

Un grupo de personas, supongo que eran de la tribu de esa selva, me miraban y hablaban entre ellas en un idioma que yo no conocía. Llevaban ropas de colores diferentes y algunos de los miembros de la tribu usaban una especie de turbante que les tapaba el pelo.

De vez en cuando dejaban de hablar y uno de ellos se acercaba a mí, me miraba, me tocaba y luego volvía a hablar con los miembros de la tribu. Sonaba el ruido de un Tam Tam continuo, con el que parecían comunicarse los miembros de la tribu porque, de pronto uno de ellos levantaba la mano para que todos callasen y tras escuchar durante un rato el Tam Tam volvían su conversación ininteligible.

Varias veces, un miembro de la tribu me cogió y me llevó de una parte de la selva a otra. Debían estar enseñando su trofeo a otras tribus porque algunas llevaban unas ropas totalmente diferentes.



Algún miembro de las otras tribus, no sólo me tocaba sino que me ponían extraños objetos en diferentes partes de mi cuerpo, en el pecho, en la cabeza... incluso una de las veces, me dejaron en una especie de túnel muy oscuro donde, de pronto, empecé a escuchar un ruido muy fuerte como de hierros chocando entre sí.



Yo intentaba hablarles, pero no parecían entenderme. Preguntaba quiénes eran ellos, donde estaban mis padres y donde estaba yo pero, no me respondían nada. Otro viaje, esta vez más largo me llevó a una parte de la selva donde la vegetación no debía ser tan frondosa. Hasta ese momento todo había sido oscuridad pero aquí todo era diferente.



La luz casi era cegadora, y los miembros de la tribu que habitaban esa parte de la selva se protegían del sol con ropas mucho más largas que los otros. Aquí todos llevaban turbante para no quemarse la cabeza.

Debían estar celebrando una fiesta porque no se oía un solo Tam Tam sino que sonaban muchos más. Se pusieron todos en corro alrededor mío y empecé a pensar que yo no sólo iba a ser un invitado de la fiesta sino que, como había leído en algunos tebeos, iba a ser el postre de un banquete de esa tribu.



Aunque sabía que todo era un sueño, la verdad es que me entró un poco de miedo. De pronto, uno de la tribu se acercó con un objeto en la mano. Parecía una campana, pero no era de metal. Me tapó la nariz y la boca con ella y yo pensé, más vale que me despierte.



Migue, Migue despierta.

Por fin, alguien que sabe mi nombre, se acabó la pesadilla. Sin embargo no me atrevo a abrir los ojos. Sigo oyendo el Tam Tam y en mi brazo noto la rama que lo rodea.

Pero la voz insiste, Migue despierta. Ya pasó todo.

Poco a poco abro los ojos, tengo miedo de estar en la oscuridad de la selva. Miro a mi alrededor. Estoy en una habitación con mucha luz y las paredes están llenas de dibujos. Me miro el brazo y en vez de las ramas, veo un tubito que sube hasta una bolsa de plástico.

Sentado en la cama hay un señor con una bata blanca que me sonríe y me dice. Hola Migue, estás en un Hospital. Te caíste con la bici y te hiciste un poco de daño en la cabeza pero ya está curado, te pondrás bien.

Yo soy el doctor Alegre y aquella Doctora es la Doctora Espadas que fue la que te operó. La Doctora estaba vestida de verde y tenía un gorro que le tapaba el pelo como los turbantes que llevaban algunos miembros de la tribu en el sueño.

¿Y el Tam Tam? Pregunté. El Doctor puso cara de no entenderme y yo le expliqué que durante el sueño que había tenido, se oía un Tam Tam pero que ahora, a pesar de estar despierto, lo seguía oyendo. De pronto sonrió y me señaló un aparato que tenía luces parpadeantes, muchos números rojos y un dibujito con subidas y bajadas. Mira Migue, eso es un monitor y nos ayuda a saber cómo estás.



¿Y no se puede poner un poco más bajo, como hacemos con la tele en casa? Sonrió y me dijo. Tienes toda la razón del mundo. Se levantó, tocó una ruedita del aparato y el Tam Tam casi dejó de escucharse. ¿Donde están mis padres? pregunté yo.

Me señaló al otro lado de la cama y vi a mis padres sonriéndome que se acercaban a la cama. Hemos estado todo el tiempo contigo Migue. Vaya susto que nos has dado.

Pero yo les dije: Susto, susto el que me he pegado yo en medio de la selva donde he estado.



Todos nos reímos, los médicos me dijeron que volverían a verme mas tarde y mis padres se quedaron en la habitación explicándome todo lo que había pasado.

Poco a poco, me fue entrando sueño hasta que me quedé dormido. Esta vez ya no tuve pesadillas.





MÁS DE 10 AÑOS

LA OLA

*Cinco cuentos para leer en voz alta.
Autor: Antonio Pons*



Desde hace unos días cuando le tiro la pelota a Chispa, no sale corriendo a por ella para luego volver a traérmela. Los papás me han dicho que está enfermo. Chispa es mi perro, es un labrador y tiene los mismos años que yo.



Hoy lo hemos llevado al médico de perros. En la puerta había un cartel donde ponía en letras grandes "VETERINARIO" y en la sala de espera había mucho ruido.

Casi todos los perros ladraban. Yo creo que algunos ladraban de miedo, como algún niño cuando está en la sala de espera de mi pediatra. Chispa se ha portado bien, no ha ladrado y tampoco se ha estado moviendo de un lado para otro.

Cuando hemos entrado, el veterinario le ha preguntado a mamá -qué le pasaba a Chispa-. Le ha dicho que estaba triste, que no comía, que se le caía el pelo. Como a mi madre se le estaba olvidando lo más importante, yo le he dicho que no quería jugar conmigo.

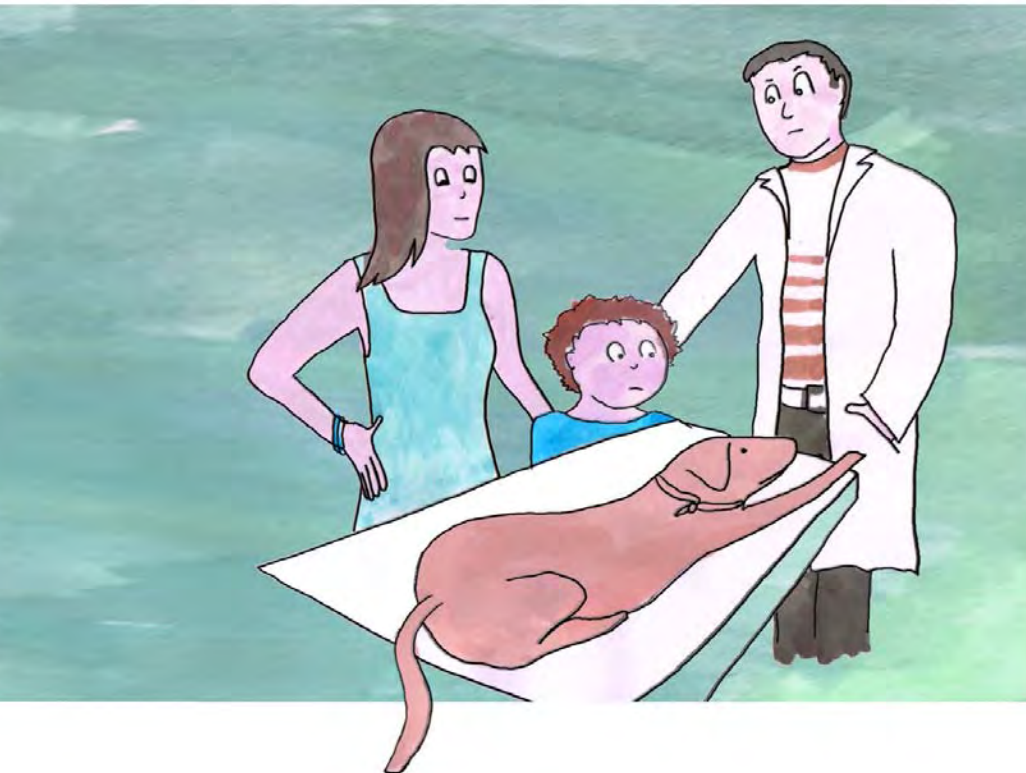
¿Cuántos años tiene?

Diez años y medio.

Bueno, ya es un poco mayor.

¿Cómo que un poco mayor? Pero sí tiene los mismos años que yo. A mí me dicen siempre que soy demasiado pequeño para hacer muchas cosas.

Ha tumbado a Chispa en una camilla y lo ha mirado como hacen conmigo cuando estoy enfermo. Después ha mirado a mamá y le ha dicho: Parece que no son solo los años, tiene una Le...



Yo no he entendido toda la palabreja que ha dicho pero tenía cara de preocupado.

Mamá le ha mirado, como esperando que le dijese algo más. A mí cuando estoy enfermo me mandan unos jarabes y me pongo bueno, pero este médico parece que no le iba a dar ningún jarabe para Chispa.

Para curarle lo que tiene, no tengo ninguna medicina. Tal vez sea mejor mandarle algo para el dolor y que pueda descansar. El médico entonces me miró a mí, me sonrió y me dijo, ¡tranquilo, que a tu perro no le pasa nada! Algo enfadado he pensado, ¿Cómo que a mí perro? Se llama Chispa ¿Cómo que no le pasa nada? ¿Y la palabreja que ha dicho antes?

Aunque no he dicho nada, mamá me ha mirado y mientras agarraba a Chispa me ha dicho, tranquilo Javi, luego te lo explico. Durante el viaje de vuelta a casa, en el coche, mamá me ha explicado que Chispa estaba muy malito, que tenía algo que le dolía mucho y por eso no podía jugar conmigo.

Pero, el médico ha dicho que le daremos algo para que no le duela y se curará, ¿no mamá?

Bueno, el médico ha dicho que si le quitamos el dolor podrá descansar mejor.

Y ¿por qué me ha dicho que no le pasaba nada?

Para que no estuvieses triste.

Pero si no se puede curar ¿qué le pasará? El perro de Pepe también estuvo enfermo y un día me dijo que se lo llevaron de casa y ya no lo vio más. ¿Eso es lo que va a pasar con Chispa? ¿Se lo van a llevar?



Javí, los perros, como las personas cuando están muy malitas, se van cansando cada día más y un día pueden morir. Chísipa no se va a ir de casa, vamos a estar cuidándolo y dándole esas medicinas para que no tenga dolor, que nos ha mandado el médico.

Pero yo no quiero que se muera Chísipa.

Nadie queremos, pero es algo que ocurre sin que nosotros podamos hacer nada.

Mamá ¿todas las personas se mueren?

Sí, hijo.

¿Papa y tú también?

Sí Javí, pero queda mucho, mucho tiempo para que eso pase.

¿Y yo también?

También Javí pero a ti te queda mucho más tiempo.



Mamá, el otro día en los dibujos de la tele, había uno al que le disparaban y luego se levantaba y seguía corriendo detrás de los otros. Entonces, si Chísipa se muere ¿también se podrá levantar y seguir jugando conmigo?

No Javí. Eso pasa en los dibujitos o en las películas.

Mamá, entonces sí Chispa se muere ¿Dónde se va?

Mira Javí, eso no se sabe muy bien. Vamos a parar un rato y damos un paseo cerca del mar que te quiero explicar una cosa.

Bajamos del coche, y nos sentamos en un banco desde donde se veía el mar. Chispa se tumbó en el suelo a mi lado.

Mi madre me señaló el mar y me dijo: Javí, ¿tú ves de donde vienen las olas?

Me fijé mucho pero, aunque podía ver las olas no conseguía ver cuando empezaban. Cuando pensaba que había visto empezar una, me daba cuenta que desaparecía y volvía a aparecer un poco más cerca de la orilla, pero no podía saber si era la misma ola que la que había visto antes. Después de un rato de mirar le dije a mamá que no podía verlo.

Ahora Javí, mira donde acaban las olas.

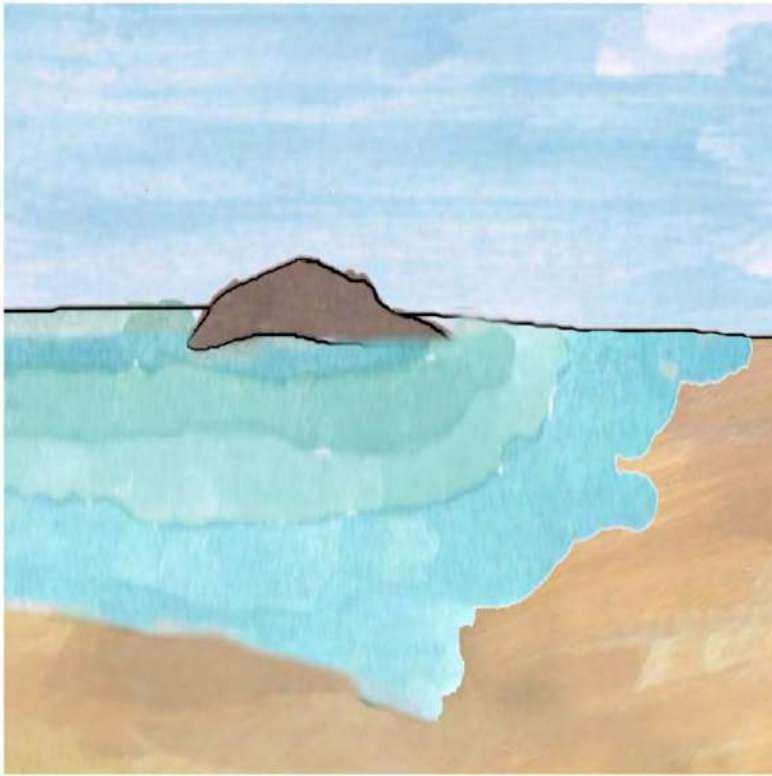
Eso es más fácil, mamá. Las olas acaban en la orilla.

Muy bien pero, ¿me puedes decir dónde van?

Cómo que donde van, se acaban y ya está.

No Javí, mira cómo una parte se vuelve hacia dentro y se mezcla con el mar de nuevo, cómo otra parte moja la arena y se une a ella, otra se queda en un charco en la orilla y cuando viene otra ola se vuelve con ella al mar. Ves, Javí, no sabemos de dónde vienen ni a donde van. A nosotros nos pasa lo mismo, mientras vivimos somos una ola pero, cuando nacemos no sabemos de dónde venimos y cuando nos morimos...





Mamá, pero cuando uno se muere ¿no se va al cielo?

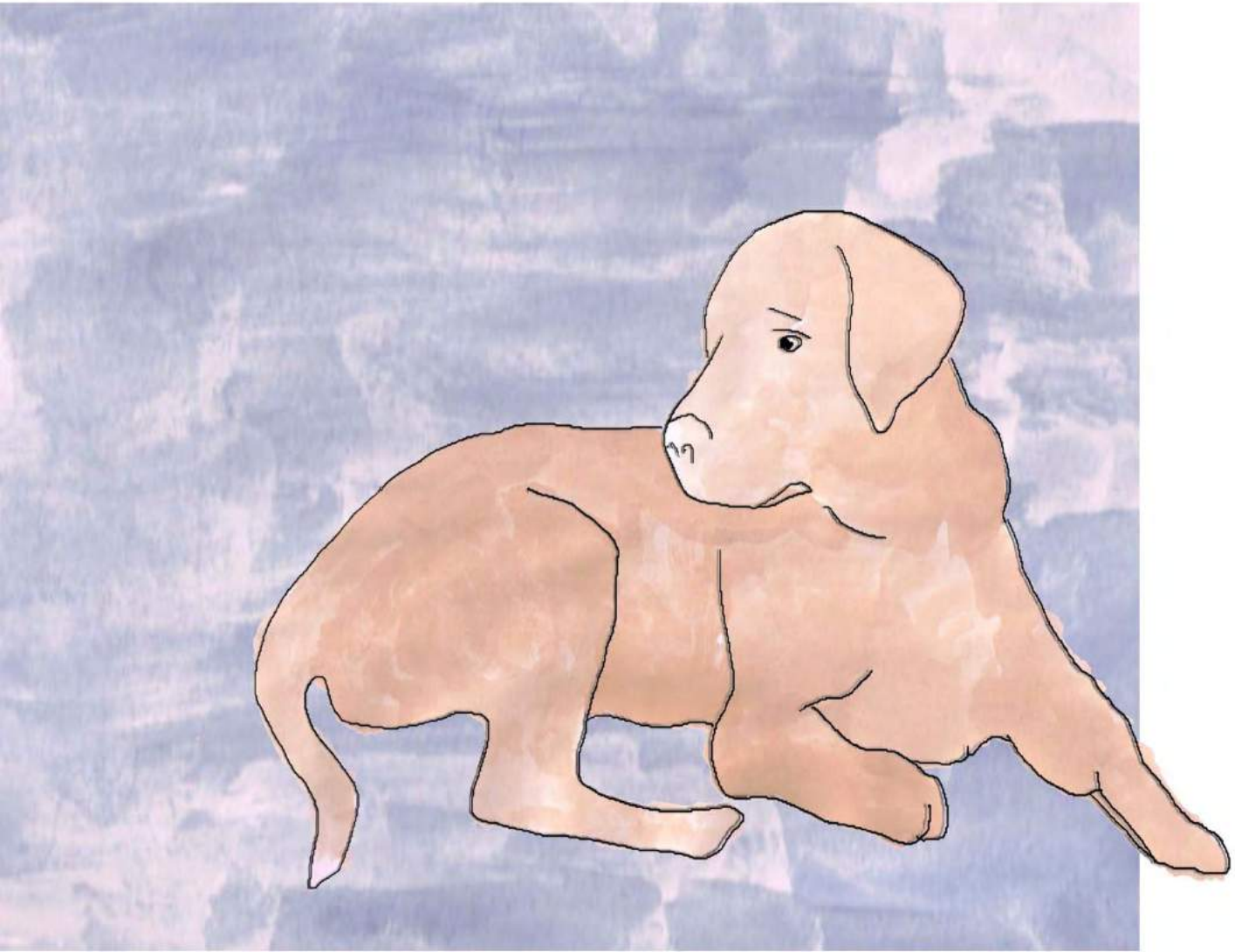
Hay personas que a ese lugar donde vamos le llaman de diferentes maneras y otras no le ponen ningún nombre. Nos levantamos del banco y volvimos al coche.

Durante la semana siguiente Chispa estuvo tranquilo, comía mejor y yo no le obligaba a jugar conmigo para que pudiese descansar. En casa, mis padres le dejaron dormir en mi habitación y durante el día siempre estaba con nosotros.

Mis amigos, que muchas veces jugaron con él, vinieron a verlo y aunque otras veces les gustaba hacerlo rabiar ahora sólo le mímaban.

Un día, le pregunté a papá. Si Chispa se muere, ¿me comprarás otro perro igual? Sería como si Chispa siguiese con nosotros.

No Javi, de momento no. Chispa es Chispa y tener otro perro no hará que siga con nosotros. Dentro de un tiempo, seguro que compraremos otro perro.



Una mañana, mis padres me dijeron que Chispa había muerto. Aunque me habían avisado que podía pasar cualquier día, me quedé triste. Mamá me dijo que era normal que estuviese triste, que ellos también lo estaban pero que poco a poco la tristeza se iría pasando.



Ahora, cuando pienso en Chispa ya no estoy triste. Papá dejó que me quedase con una foto suya y cuando la veo me acuerdo de lo bien que me lo pasaba jugando con él. Recuerdo lo que mamá me contó, mirando las olas del mar, y pienso que pronto se formará la ola que traiga, de nuevo, un perro a mi casa.





www.juntadeandalucia.es/salud/al_lado